

Los de afuera. Ciudades sin ciudadanos

Sergio Zermeño y García Granados¹

INTRODUCCIÓN

En nuestro país, en la ciudad de México en particular, la constante transformación del espacio público y de sus actores ha traído consigo un cambio en la figura del ciudadano. Como resultado de un peso exagerado de la política y de los políticos con respecto al plano de lo social, al plano de los individuos y los grupos que llevan adelante su vida, la figura del ciudadano como un sujeto capaz de reconocer los problemas de su entorno territorial y buscar soluciones para ellos ha sido poco a poco relegada por formas clientelares de articulación entre las autoridades y unos grupos populares que gravitan cada vez con más fuerza debido a la falta de oportunidades en el empleo y en la educación. En el territorio urbano entre el mundo de los sectores mejor integrados a la modernidad (en una minoría que parece acentuarse) y el mundo de los excluidos en una progresión alarmante se va constituyendo una muralla virtual.

¹ Doctor en Sociología por la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París. Investigador Titular del Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM. Investigador Emérito del Sistema Nacional de Investigadores (SNI). Miembro del Centre d'Analyse et d'Intervention Sociologiques (CADIS) de París.

En la cuestión urbana no existe una mano invisible, una especie de ley que equilibre la oferta y la demanda. Las grandes ciudades requieren de un principio de autoridad y de una planificación a mediano y largo plazos para asegurar su sustentabilidad.

Pero si esto es válido en general, lo es mucho más para las grandes ciudades en los países de progresión demográfica alta, los cuales han doblado o triplicado su tamaño en los últimos 50 años y que coinciden, por lo demás, con las naciones no centrales de la economía mundial.

Para paliar la falta de recursos y de oportunidades asociada a estos ejemplos (empleo, alimentación, vivienda, salud, educación, seguridad pública), ha sido indispensable generar conciencia entre la ciudadanía en torno a las amenazas más serias que se cierren sobre cada una de estas urbes y hacer que esos ciudadanos se involucren y participen en la detección, en las soluciones y en la supervisión de las políticas públicas en torno a esos problemas.

Han sido ejemplares a este respecto las políticas del Presupuesto Participativo (*Orçamento Participativo*), animadas en los últimos 15 años por el Partido de los Trabajadores en Porto Alegre y en otras ciudades brasileñas (De Sousa, 2004), y lo han sido también los reordenamientos participativos practicados desde que el Frente Amplio ganó la administración de la alcaldía de Montevideo en los años ochenta del siglo pasado.

En ambos ejemplos y en muchos otros, principalmente de América Latina y de la Europa mediterránea, lo que resultó estratégico fue una nueva territorialización de esas ciudades, la recreación de espacios intermedios, regiones medias si se quiere, áreas geográfico-territoriales que contenían a 50 o 100 mil habitantes (o un poco menos o un poco más, dependiendo de cada situación), en donde los ciudadanos se reconocían al convivir, compartir un mismo espacio y los problemas que los afectan y para la solución de los cuales ellos estaban dispuestos a invertir su tiempo.

Cuando el territorio y la región se convierten en el eje central de la organización social se crea “un nuevo escenario, más apto

para dinamizar el interés y favorecer el involucramiento de la población en los asuntos públicos, a partir de las raíces políticas, culturales y sociales de las localidades” (Intendencia de Montevideo, 2009: 28).

El punto es que en la dinámica acotada en esos espacios los ciudadanos lograron empoderarse frente unas autoridades que estuvieron dispuestas a arriesgarse al organizar tales inercias fuera de su control y poner en ellas a la discusión sus planes administrativos. Disminuyeron el verticalismo administrativo y la corrupción burocrática, se practicó la descentralización y se optimizaron las inversiones del erario público gracias a esa participación permanente: en juntas y asambleas con ingenieros, administradores y ciudadanos de todas las manifestaciones organizadas e individuales de la ciudadanía.

CIUDADANOS Y APARATOS

Se argumentará inmediatamente que eso es muy relativo, que hay problemas que conciernen a la ciudadanía y otros que se encuentran muy por encima de su capacidad técnica, como por ejemplo el saber si en el Valle de México es mejor hacer un drenaje profundo para evitar las inundaciones debido a las fuertes lluvias o conducir toda esa agua a la regeneración de los lagos de los que ese valle gozaba antes del poblamiento salvaje de la ciudad de México.

Estas son, en efecto, cuestiones técnicas que se encuentran muy por encima de lo que puede opinar una asociación de comités vecinales que representan a 50 mil habitantes de un grupo de 10 colonias. Sin embargo, cuando el conjunto de las asociaciones vecinales de las distintas regiones medias de una ciudad se combina con una opinión pública informada gracias a la existencia de unos medios de comunicación independientes, las cosas cambian radicalmente. Los ciudadanos se enteran entonces, gracias al trabajo informado de periodistas, técnicos y críticos, que desde

hace muchos años la opción de sacar el agua del Valle de México era una opción mucho más rentable que la de regenerar los lagos. Y es que en los lechos secos los políticos pueden asentar a multitud de sus seguidores (Neza, Chalco, Texcoco, Los Reyes la Paz, Ecatepec, etc.), las compañías constructoras realizar proyectos de vivienda altamente redituables y las mega empresas llevar adelante mega proyectos (drenajes profundos y emisores), que permiten mega ganancias en medio de mega corrupciones del lado del sector público y el privado.

La discusión pública con base en la interacción comunicativa en espacios territoriales intermedios y organizados genera criterios compartidos que castigan electoralmente a las administraciones que ocultan información y que cometen actos de corrupción en el ejercicio de los presupuestos gubernamentales. ¿Cómo alcanzar ese grado de conciencia y organización social en un país como el nuestro?

Uno diría que la diferencia entre la derecha y la izquierda políticas radica en que la primera, por su herencia autoritaria, siempre ha rehuido la discusión pública y la organización ciudadana en espacios territorializados, mientras que la izquierda ha dado su vida por abrir la discusión en el espacio público, por fortalecer a las asociaciones de base a la libre discusión en la búsqueda de consensos.

Hablemos entonces de esta mega ciudad de 20 millones de habitantes, en donde se ha actuado de manera muy lejana a este lugar común. En 1997, la llamada izquierda democrática de México (el Partido de la Revolución Democrática), ganó las primeras elecciones para que la capital del país, el Distrito Federal, tuviera un jefe de gobierno, pues hasta entonces éste era nombrado por el presidente de la república. Como la campaña de Cuauhtémoc Cárdenas fue hecha con base en el *slogan* de la participación ciudadana, ese gobierno entrante debió votar una ley al respecto y en 1999 se eligieron 1 360 comités vecinales siguiendo el trazo territorial de las colonias, los barrios, los pueblos

y las grandes unidades habitacionales, lo que daba en promedio comités que representaban a entre tres y 10 mil vecinos.

Muchos especialistas consideraron que siendo correctos los referentes de base era preciso reagrupar a esos comités en unidades territoriales que rondaran los 50 o 100 mil habitantes, es decir que agruparan a unos 10 o 20 comités vecinales, pues de esa manera los territorios medios así conformados tendrían mucha más fuerza frente a los gobiernos locales y frente a los aparatos partidistas y de otra índole. Los miembros de la administración cardenista se opusieron y también los miembros del Partido de la Revolución Democrática, ya que prefirieron relacionarse con los pequeños átomos, con el caniquerío que significaban las 1 360 unidades dispersas y muy indefensas debido a la falta de tradición participativa y democrática de esa ciudadanía adolescente.

Pero lo anterior no es lo que mejor ilustra el punto, sino que a pesar de que la *Ley de Participación Ciudadana* ordenaba elegir comités vecinales cada tres años, lo cierto es que en los 10 años transcurridos desde entonces no se volvieron a elegir estos órganos de la ciudadanía. Muchos diputados perredistas argumentaron que para qué llevar adelante esas elecciones que podrían costar unos 10 millones de pesos para sólo conformar grupos resistentes a los programas de gobierno. Mientras tanto, las elecciones internas de ese partido en el mismo lapso han costado unas 10 veces más que esa suma sin que con tal inversión se hayan evitado el fraude, las divisiones partidistas y la degradación del ejercicio de la política.

¿“TRIUNFO” DE LA POLÍTICA?

Pero veamos cómo lo anterior afecta los problemas más acuciosos de esta mega urbe.

1) Los asuntos de la seguridad, de los usos del suelo y de la vialidad vienen en primer lugar. La atomización y el enfriamiento

participativo que practican deliberadamente todas las fuerzas políticas sobre los integrantes de esta sociedad traen aparejados dos efectos inmediatos: por un lado, los sectores medios tienden al encierro, a refugiarse en el espacio privado, máxime cuando la seguridad del barrio o de la colonia se encuentran en proceso de degradación (no se enreja el barrio, se enreja el callejón, los vecinos no se asocian ni por cada edificio de una unidad habitacional sino que tienden a hacerlo por cada cubo de escaleras); por otro lado, la reacción entre los sectores populares es la búsqueda de liderazgos protectores, agentes conectados verticalmente entre el barrio y las autoridades a los que se les brinda el apoyo a cambio de prebendas y mejoras paulatinas, en una palabra, clientelismo. Pero aunque estos liderazgos se asocian para formar corrientes políticas dentro de sus partidos, el hecho es que mantienen a sus clientelas controladas en espacios reducidos, confinados la mayoría de las veces a las meras prácticas electorales, en donde aparece la figura del ciudadano-elector que sólo puede “elegir a sus autoridades”, mal entrenadas para actuar coordinadamente ante los problemas mayores como la inseguridad ciudadana, la organización policíaca, los usos del suelo, la vialidad, las políticas hidráulicas, etcétera.

Esta doble pinza, este doble vaciamiento del espacio público derrota a la sociedad al empoderar a la política; todo tiende a gravitar en espacios superiores y deja desarmadas a las personas, en un aislamiento en el que invierten gran parte de su tiempo intentando resolver los problemas de todos los días. Los efectos son múltiples, comenzando porque el empleo de los medios de comunicación, y de la televisión en particular, tiende a magnificarse de manera mucho más profunda que en otras sociedades al llenar ese enorme vacío, ese encierro, ese confinamiento de integrados y paupérrimos.

Al lado de esto se exagera la manipulación sobre los sectores populares, pues los líderes no respetan las normatividades ni las propias políticas de la planeación urbana, desde el momento en que, a cambio de apoyo político o electoral para los gobiernos

en turno o para los políticos en ascenso, logran que los invasores de un espacio urbano sean regularizados, o que en tal jardín público o en tales camellones de avenidas sean instalados “changarras”, pequeños negocios para que sus clientelas practiquen el comercio informal. Esta oleada de irregularidades, la inseguridad y la alteración ecológica que trae consigo encierran aun más a los sectores medios y altos completamente desvalidos de instrumentos asociativos o, en situaciones extremas, enfrentan violentamente a esos invasores que ellos consideran, con razón, que degradan su patrimonio. Esto genera enfrentamientos cada vez más frecuentes entre ciudadanos de diferente extracción social y coloca a los políticos como árbitros gananciosos en medio de tales fricciones.

Y es que la ocupación de nuevos espacios urbanos, en particular de las grandes áreas de conservación de un valle como el de México y sus montañas circundantes, es un negocio que beneficia en el corto y en el mediano plazos a todos los actores involucrados en ese acto ilegal y corrupto: ganan los ejidatarios y los propietarios de la tierra, que al lotificar aumentan sus ganancias muy por encima de lo que recibían cultivándolas o conservándolas; ganan los sectores populares que se hacen de una vivienda barata que pasa de choza a vivienda de concreto; ganan los líderes partidistas; ganan las autoridades en turno cuyas pandillas tendrán la posibilidad de ocupar puestos públicos en las próximas contiendas electorales. Naturalmente que quien se degrada es el medio ambiente, el orden urbano y el principio de autoridad y planeación de la ciudad. Pero a la voz de “*if I don't do it somebody else will*”, se potencia toda esta inercia des-ordenadora, corrupta y destructora de los más elementales principios de ciudadanía y de cuidado del medio ambiente.

2) Los problemas hidráulicos: lo más impresionante al observar la Zona Metropolitana de la Ciudad de México es que estamos frente a un manto continuo de construcciones, cemento y pavimento que deja muy pocos espacios para que las precipitaciones pluviales que son muy abundantes en el verano, penetren

al subsuelo. Por las razones aludidas en torno a la corrupción, a la ausencia de principio de autoridad que defiendan lo planeado y lo normado, y debido la primacía de la lógica de los políticos sobre la de los ciudadanos y sociedad en general, se privilegió la disecación de los lagos para establecer en su seno fraccionamientos populares.

Hoy tenemos en la ciudad de México más de cuatro millones de pobres que habitan en áreas de alto riesgo en la parte oriental, en la más baja del valle, lo que dificulta la rehabilitación de esos espacios lacustres y obliga a instrumentar obras de ingeniería faraónicas para desalojar el agua del valle (la pluvial y la del drenaje mezcladas), con lo cual se tratan de evitar, con poco éxito, las tan temidas inundaciones. Pero lo más grave de la situación es que al sacar el agua por esos grandes tubos y al quedar sellada por concreto y asfalto la enorme área urbana, la recarga de los acuíferos del valle se vuelve imposible. En la medida que 70% del agua potable de la ciudad es bombeada de sus propias entrañas, el piso de la ciudad se debilita y se hunde (10 metros durante el siglo pasado); el mecanismo es como el de un pastel de mil hojas que en esta región altamente sísmica convierte al suelo en una trampa mortal (como se evidenció trágicamente durante el terremoto de 1985).

3) Con esta cortedad de miras, con este inmediatismo de los intereses económicos y de poder de los políticos, se abandonó paulatinamente el transporte público, en particular los ferrocarriles, y se privilegió el uso del automóvil (más pavimento). Jamás se planificó un sistema de ferrocarriles radiales o de cercanías en esta urbe de 20 millones de habitantes, de manera que los problemas de vialidad hoy son monstruosos. Incluso los gobiernos perredistas de la capital han preferido construir segundos pisos automotrices que invertir en el transporte colectivo. El pretexto, en cierta forma comprensible pero no disculpable, ha sido que las administraciones priistas que controlan el Estado de México, envolviendo a la capital, en donde se asienta la mitad de los habitantes de la ciudad, no han accedido a llevar adelante estas vías

férreas, con lo que evitan prestigiar a los gobiernos del DF. Lo cierto es que los segundos pisos se construyeron dentro del lapso de una administración sexenal y lucen grandiosos, mientras que una línea ferroviaria de cercanías puede tomar cinco o más años debido a la ausencia de planificación en este rubro. De nuevo un “triumfo” de la política.

4) Cuando todo esto se topa con la crisis económica mundial en un país que depende en 70% del petróleo en extinción, de las declinantes remesas de los mexicanos enviadas desde el país del norte, de la venta de mano de obra barata en las degradadas regiones fronterizas de la maquila (principalmente de la automotriz y la electrónica), y de un turismo en desbandada por la violencia, entonces escasean los recursos y ya no es posible llevar adelante las obras faraónicas que requiere este enloquecido desorden urbano.

5) Al flaquear los recursos, la eficacia gubernamental se debilita y con ella la autoridad del Estado. Entonces, a derecha e izquierda, gobiernos, partidos, aparatos de procuración de justicia, órganos electorales, etcétera, recurren de manera exacerbada a los medios de comunicación a sabiendas de que lo que dice la televisión (esa percepción), es de alguna manera lo que realmente tiene lugar. Y es que, ante una sociedad atomizada y en vías de empobrecimiento y desescolarización, las verdades de la pantalla chica son casi siempre mentiras pero también casi siempre hacen ganar elecciones.

6) La segregación social se intensifica ante la explosión del desempleo, la informalidad y la violencia y a ello se agrega la renuncia del Estado a la aplicación de algún tipo de justicia redistributiva vía una reforma fiscal, debido a que el déficit de las finanzas públicas se vuelve crónico y resulta arriesgadísimo espantar a los capitales. Se opta entonces por un endeudamiento creciente en todos los ámbitos de gobierno, cuyo desenlace ya se está viviendo en entidades federativas, municipios y la propia capital, fenómeno similar al que ya aqueja a los países mediterráneos europeos. Las clases acomodadas se van encerrando en espacios cada vez

más localizados de la ciudad, temerosas ante el aumento de los asaltos y de los secuestros (es muy arriesgado manejar un BMW en zonas mal vigiladas, o muy caro el hacerse acompañar por un equipo de seguridad, y sin embargo dichos vehículos de lujo se venden por montones sin que la crisis que arrancó en el 2008 haya cambiado esta tendencia).

INTEGRADOS Y PAUPÉRRIMOS

Esta explosión del desempleo, de la caída en la escolaridad y de la violencia se traduce en un disolvente poderosísimo de la institucionalidad, en una erosión, desde abajo, de los espacios de la integración, de nuestra modernidad; en una palabra, nos encontramos con que los de abajo y afuera no permanecieron dispersos e inofensivos a la espera de que los beneficios de la globalización gotearan desde lo alto como lo anunciaba esta teoría, y se fueron adentrando en el sistema institucional y en los lugares de la sociedad integrada, la cual cuenta con carta de ciudadanía, podríamos decir. Los partidos, los parlamentos y los espacios urbanos han sido entonces “invadidos” por un multitribalismo familista de barrio, conducido y animado por líderes locales (o estudiantes universitarios de ideología comprensiblemente antiglobal), que movilizan e intentan posicionar a sus clientelas desheredadas y vociferantes en los espacios urbanos en donde existen o afluyen los recursos.

Para ello no dudan en apostarse frente a todos los edificios públicos y privados, en tomarlos si es necesario, y en cerrar vialidades primarias o secundarias (de otra manera no lograrán atraer ninguna mirada o medio de comunicación). Muestran avidez, en su pragmatismo, por pactar con quien sea (con qué legitimidad les podríamos exigir otra cosa), por formar las confederaciones tribales más disímbolas con tal de resolver en algún nivel los problemas de sus seguidores e incrementar por esa vía su poder político y su capacidad de gestión (difícil argumentar que su

estrategia es errónea o reprobable en un entorno como el que hemos descrito).

Los sectores mejor integrados, que se encuentran por lo regular más cerca del comportamiento individual ciudadano, lo mismo en los espacios territoriales que en las instituciones (partidos, parlamento, sistema educativo, medios de la cultura, etc.), intentan poner candados políticos (o rejas electrificadas según el caso), pero se ven obligados a abandonar poco a poco el piso alto y su control sobre los espacios públicos ante la oleada desde abajo (en el extremo, un anti-intelectualismo se afianza orgulloso en este ocaso de la era global).

De manera mucho más evidente de lo que acontece en el piso alto institucional (es decir en lo vertical), esta ocupación de los excluidos puede constatarse, en México y en América Latina, en la arena social (en el plano horizontal). Ahí, la correlación de fuerzas entre los excluidos y el mundo de los integrados va registrando un proceso similar pero más irrefrenable de ocupación e invasión, en forma tal que los espacios públicos de las clases con mejores recursos (y en realidad todos los espacios públicos), van siendo apropiados por los sectores menesterosos, por los excluidos, en cruceros y vialidades, en plazas y parques, en colonias, barrios y banquetas, en unidades habitacionales, circundando y arrinconando a los exangües actores de la modernidad.

Comienza a diseñarse así una sociedad en donde prolifera también lo que podríamos llamar “los corredores”: se crean corredores turísticos, espacios vigilados por donde los extranjeros pueden transitar con cierta seguridad y con cierto confort para visitar los tesoros culturales de un país como el nuestro (la Ruta Maya, el Corredor Turístico de la Ciudad de México, etc.), se crean igualmente corredores que permiten a los turistas desplazarse de los espacios para tomar el sol dentro de los terrenos de los hoteles de lujo a las playas frente a esos mismos hoteles, burlando así, o intentando burlar, a los ejércitos de vendedores ambulantes

que “peinan” esas playas.² Regimientos enteros de guardias blancas o de policías federales y estatales vigilan ahora las playas y las riveras más cotizadas desde el punto de vista de las ganancias de los grandes consorcios turísticos, tratando de mantener a raya a sus actuales o anteriores propietarios, quienes en la mayoría de los casos resultan ser ejidatarios y comuneros expropiados, saqueados, o que han vendido a precios ridículos en la víspera del arranque de los grandes proyectos.

Es igualmente una sociedad de corredores *vigilados* para asegurar el acceso, a través de las carreteras, de los productos consumidos en las grandes ciudades y cuyo desvío y secuestro es cada vez más alarmante; en poco tiempo el Istmo de Tehuantepec se convertirá en un corredor de alta seguridad para el transporte mundial y la maquila con estrecha vigilancia de fuerzas nacionales y hasta internacionales.

Pero regresando a nuestro tema, se anuncian unos corredores hipervigilados a lo largo de ciertas arterias urbanas y carreteras, lo cual permite mayor seguridad de tránsito para los mexicanos y extranjeros adinerados, “sujetos de alto riesgo” en lo que hace a los secuestros; es el equivalente con otra presentación, del encierro de las clases medias en sus colonias y condominios de alta seguridad.

Así, México se segrega entre integrados y excluidos, entre ricos y pobres, y lo que alguna vez fue una política y un espacio social para todos, hoy se separa con una especie de muralla, como la de los feudos y las ciudades estado de la Edad Media, sólo que aquí los muros no son de piedra ni son “los muros de agua”; nuestra muralla es virtual, pero no por eso menos efectiva.

² Pero no es un dato al margen, nuestro primer renglón de ingreso en divisas, alternativamente con el petróleo y con las remesas de trabajadores mexicanos en Estados Unidos, lo constituye ni más ni menos que el turismo, el triste destino de vender el sol, la arena y el mar, lo que no producimos y que no sabemos siquiera explotar empresarialmente (a diferencia de los españoles y tantas otras naciones que supieron retener el dinero de esos visitantes y no fue monopolizado por las cadenas hoteleras transnacionales).

Sin duda el más espectacular de estos corredores es el que arrancó en el año 2001 con el rescate del Centro Histórico de la Ciudad de México, y su correlato, los corredores de segundo piso para facilitar el tránsito en el oriente rico de la ciudad (lo que en buena medida significó una opción por el transporte individual automotriz, segregado, por sobre el transporte colectivo, compartido). El centro de la ciudad tiene edificios y espacios de gran belleza que por razones presupuestales no pueden ser adquiridos y restaurados por el gobierno. La Fundación Telmex y los consorcios Carso e Imbursa invirtieron entre el 2002 y el 2003, 700 millones de pesos y se dispusieron a invertir mil más, para la compraventa y remodelación de edificios destinados a vivienda y comercio debidamente saneados de inquilinos morosos y puestos al día en sus papeles (lo que no cuesta).

Una vez hecho eso vino el verdadero intercambio (también de bajo costo para las autoridades): “tú, nuevo propietario, adoquinas y embelleces 44 manzanas del Centro Histórico (elevando hasta el cielo el valor de tus recientemente adquiridos bienes raíces), y yo te las desalojo de ambulantes”.

Pero claro está, ni los acuerdos ni los gobiernos son eternos y para asegurar las inversiones y asegurarse que las huestes no invadieran nuevamente, el paquete incluyó, en un principio, una policía pública pagada con recursos privados, y es aquí donde apareció Giuliani y sus muchachos vendiendo el programa “Cero Tolerancia” aplicado unos años atrás en Nueva York: “El Centro será laboratorio del programa anticrimen de Giuliani”, rezaba el titular del periódico *La Jornada* del 28 de noviembre del 2002. Y aunque el programa que estos especialistas iban a sugerir también incluía acciones en otras partes de la ciudad, en los puntos más conflictivos, el hecho fue que la tarea rebasó con mucho sus fuerzas y renunciaron a ella.

La nueva muralla virtual no terminó ahí, se extiende hacia el poniente de la gran ciudad de México, abarcando la zona de la Alameda con la reconstrucción de todos los espacios destruidos por el terremoto del 85, y sigue su camino por el Paseo de la Re-

forma y colonias que lo bordean, hasta internarse en las Lomas, Polanco y Santa Fe, es decir, en la delegación Miguel Hidalgo, en donde en el 2003 pudimos apreciar el nuevo *look* de una policía que terminó siendo apodada como los *Robocops*, derrotados igual que Giuliani por el ambulante después de su primera aparición, y en donde pudimos apreciar, también, el dispositivo de seguridad en los llamados “Hidalgos”, como se bautizó a los 14 módulos inteligentes que permiten a sus usuarios retirar dinero sin riesgos y cuentan con monitores que reciben las imágenes de decenas de cámaras que hacen posible la acción contra robos y secuestros en cuestión de minutos (también gran parte de esto pagada por empresarios y vecinos).³ Dependiendo de su interés y de los recursos que puedan aportar vecinos y negociantes, el operativo planeaba ampliarse hacia las zonas de la Condesa, Del Valle, Coyoacán, San Angel y unas pocas zonas más con recursos para pagar su seguridad.

³ “La Secretaría de Seguridad Pública invierte al menos 10 millones de pesos al mes en el salario de los policías que vigilan el perímetro A del Centro Histórico (44 manzanas), y Polanco, considerados corredores financieros y turísticos”, se nos dejaba saber en el reportaje “Sellan Centro y Polanco”, aparecido en la primera plana del periódico *Reforma* (3 de febrero de 2004). Así, “en Polanco se ha logrado reducir en 27% la incidencia delictiva [...] Se ha logrado aplicar la Cero Tolerancia, de manera que los franeleros, los limpia-parabrisas y los vendedores ambulantes son presentados diariamente al juez cívico para evitar que se cometan faltas menores y que después se conviertan en delitos mayores [...] En el 2002, en esta zona de la Delegación Miguel Hidalgo se contabilizaron 406 denuncias por robo a transeúnte y 649 por robo de auto, mientras que en el 2003 fueron sólo 270 y 470, respectivamente. Además el robo a casas habitación bajó en un 50%: en esta zona, expresó el jefe de seguridad de la ciudad Marcelo Ebrard, “hay una policía con alto grado de supervisión [y para el 2004] queremos reducir en un 30% los robos [...] se están aplicando muchas de las cosas que se hacen en Nueva York.” El hecho es que mientras cada policía cuida en la popular y populosa delegación Iztapalapa a 1 080 habitantes, en la delegación Cuauhtémoc, a la que pertenece el Centro Histórico, cuida sólo a 132 personas, siendo estas dos las delegaciones en donde se registran las más altas tasas de delincuencia en el DF (*Reforma*, 3 de febrero de 2004).

Tendríamos así la media luna de los integrados, con su muralla virtual, desde el centro hacia el poniente y hacia el sur (conectada incluso con sus segundos pisos), cada vez más segregada de la media luna de la exclusión, en donde se comete, por cierto, 60% de los delitos del DF, y que se extiende por las colonias Guerrero, Morelos, Tepito, Merced, Circunvalación, Santa Julia, Doctores, Buenos Aires, aquí sí con un buen etcétera que hace eco hasta Iztapalapa, Chalco, Ecatepec (en donde asaltan hasta a los que monitorean la inseguridad).

Sin embargo, este escenario de invasión-segregación no es producto de un plan premeditado sino es una realidad que se impone, y ante eso es mejor recuperar zonas deterioradas de la ciudad que aceptar una inercia en donde la degradación se generaliza. Lo cierto es que los grupos adinerados también sufren el desorden, sus recursos son valiosos en las políticas de rescate y seguridad, y no cabe duda que los ciudadanos pagan con votos las obras que los benefician.

En esta dirección hay que subrayar que la política del gobierno de la ciudad durante el sexenio 2000-2006 y también la de la administración siguiente no se centró en la especulación inmobiliaria sino que se alternó con programas efectivos de pensiones para los adultos en plenitud, de acondicionamiento de centros de salud, de apoyos para mejorar la vivienda, de becas e instalaciones educativas para los jóvenes de bajos recursos, de ayuda para micronegocios, etcétera. Por su parte, el empresario Carlos Slim creó la Fundación Centro Histórico que canalizó recursos para programas de educación, salud, capacitación y creación de tres mil empleos exclusivamente para los habitantes del primer cuadro. Sin duda inscrita esta experiencia en la dinámica invasión-segregación, no hay que perder de vista, sea como sea, su parte positiva, que no se limita a transferir el patrimonio de México a los especuladores de la estratosfera financiera globalizada, como ha ocurrido en la casi totalidad de las transacciones en el resto de la república en los últimos 20 años.

En correlato directo con lo anterior reseñemos el siguiente fenómeno: las políticas neoliberales se proponen sanear las finanzas de los servicios públicos subsidiados mediante su incorporación a la lógica de la ganancia (de preferencia privada), y el aumento de las tarifas de electricidad, agua, etcétera, pero lo único que logran es la informalización generalizada de los contratos: los usuarios, al ver el monto de sus boletas de luz y de otros servicios, se “cuelgan” de los alambres de la electricidad (o, en otro rubro, dilatan a su pesar el pago de prediales o el pago del agua); la administración los desconecta y ellos se brincan el marcador, se “cuelgan” de nuevo y con ello aumentan el déficit público y obligan a esas autoridades a elevar aún más las tarifas, con lo que terminan dando al traste con los causantes cautivos de la clase media, con la industria y el comercio formal, que todavía pagan impuestos y respetan las tarifas, pero que dejarían de pagarlos con su eventual quiebra, y reforzarían el círculo vicioso de la desmodernización.⁴

¿POLARIZACIÓN CRECIENTE?

Ahora bien, a juzgar por lo hasta aquí expresado, las tendencias no están yendo en el sentido de una reconstrucción y fortalecimiento de lo social, ni de un tránsito a la democracia y una nueva institucionalidad. De no tomarse entonces medidas con base en un mayor empoderamiento social y en convergencias y consensos más decididos se acentuará la tendencia que vamos a reseñar en el párrafo que sigue, a manera de conclusión provisoria.

⁴ “Se desplomó el 16% el consumo de energía en todo el país, informó a inicios del 2004 el Sindicato Mexicano de Electricistas (*La Jornada*, 15 de enero), a causa del cierre de cientos de pequeñas y medianas industrias y a que miles de hogares decidieron darse de baja de este servicio, porque ‘o pagaban la luz o comían’, y debido en fin, a que se incrementó el número de personas que optaron por ‘colgarse’ y no tener un servicio regular”.

En el marco de la mundialización, desde la perspectiva de los países dependientes en donde se ubica 80% de los seres humanos, el tema central de nuestra época lo define el hecho de que el espacio de lo social está siendo ocupado mayoritariamente y en forma progresiva por agentes (uso deliberadamente esta palabra en lugar de actores), individuales y colectivos que no están recreando una superación racional y afectiva que realice las potencialidades humanas del sujeto (Touraine y Farhad, 2000); una comprensión y un cuidado de su entorno social y natural (Leff, 1986); un fortalecimiento del espacio público, del uso de la razón en él, de unos principios básicos de convivencia logrados a través del diálogo y la interacción comunicativa (Habermas 1999; Sauri 2002); un orden social tendiente a fortalecer la confianza, la honestidad, la reciprocidad, la cooperación (Fukuyama, 1999). Ese espacio social, concebido en términos extensos (sociedad, política, cultura), está siendo ocupado por agentes que se alejan de la estrategia de buscar para su quehacer un sentido en un nivel elevado (una historicidad, una orientación futura mejor); estamos viviendo, cada vez más, en escenarios en donde han sido completamente debilitadas las fuerzas, clases y actores de la modernidad (empresarios, obreros, campesinos, pequeña burguesía propietaria, clases medias asalariadas).

El espacio social está siendo ocupado, entonces, por agentes que parecen más bien alejarse de un tipo de orden en el que la “sociedad se produciría a sí misma,” dinamizada por movimientos, actores e identidades colectivas (Touraine, 1973), y se incrementa en cambio la incidencia de los “garantes meta sociales del orden social”: las fuerzas incontestadas de la economía-mundo, los poderes del Estado y de la política, los liderazgos personalizados, la conformación de condensaciones grupales (tribus), necesariamente verticales, para articular las demandas del entorno popular, su agresividad y su violencia. En consecuencia, es el eje exclusión-violencia-verticalismo-pragmatismo-estancamiento-regresión el que se vuelve a todas luces dominante (la primacía de los sistemas del poder y el dinero), en detrimento del

eje desarrollo del sujeto-racionalidad comunicativa-organización horizontal-producción de la sociedad por ella misma-comprensión del sentido de la acción-tránsito a la democracia, en detrimento en fin del “espacio público en donde se desarrolla la vida de los hombres en sociedad” (Habermas, 1999).

Así pues, en la ciudad y en el país que estamos describiendo, las fuerzas de la política y las fuerzas de la globalización han derrotado una vez más a los ciudadanos, a una sociedad crecientemente segregada entre integrados y paupérrimos, una sociedad que nunca embarneó, con todas sus horribles implicaciones. En el año 2014 dos eventos pusieron de manifiesto los peligros aquí enunciados: los huracanes que asolaron a Baja California Sur y el descontrol propio de esas situaciones empujaron a los sectores populares en torno al turismo al saqueo incontrolado de los almacenes. Igualmente, como resultado de las manifestaciones y los bloqueos de los medios de comunicación en respuesta a los horribles matanzas de estudiantes y a la proliferación de narco-fosas durante la búsqueda de los desaparecidos, la actividad turística del estado de Guerrero fue interrumpida y con ella la derrama monetaria y material para los sectores populares ligados a esa actividad. Las grandes cadenas comerciales exigieron la intervención de las fuerzas policiacas y militares para prevenir y controlar los amotinamientos en busca de víveres (y de lo que aparezca), en medio del desorden generalizado.

FUENTES CONSULTADAS

- Beato, Claudio (2004). *Reinventar la policía: La experiencia de Belo Horizonte*. En Hugo Frühling. *Calles más seguras. Estudios de policía comunitaria en América Latina*. Buenos Aires: BID, pp. 139- 175.
- De Sousa Santos, Boaventura (2004). *Democratizar la democracia. Los caminos de la democracia participativa*. México: Fondo de Cultura Económica.

- Fukuyama, Francis (1999). *La gran ruptura, la naturaleza humana y la reconstrucción del orden social*. México: Atlántida.
- González Casanova, Pablo (2001). *La universidad necesaria en el Siglo XXI*. México: Era.
- González G. Susana (2002). "El Centro será laboratorio del programa anticrimen de Giuliani". México: *La Jornada*, 28 de noviembre.
- Habermas, Jürgen (1999). *Teoría de la acción comunicativa; racionalidad de la acción y racionalidad social*. Madrid: Taurus
- Intendencia de Montevideo (2009). *Montevideo como te quiero. La vía montevideana de presupuesto participativo* [en línea]. Disponible en: <http://www.montevideo.gub.uy/sites/default/files/articulo/pp_libro_web_0.pdf>, [consultado el 31 de octubre de 2011].
- Leff, Enrique (1986). *Ecología y capital*. México: Siglo XXI Editores.
- Llorente, Ma. Victoria (2004). *La experiencia de Bogotá: contexto y balance*. En Hugo Frühling. *Calles más seguras. Estudios de policía comunitaria en América Latina*. Buenos Aires: BID, pp. 65-108.
- Muñoz Ríos, Patricia (2004). "Cayó 16% el consumo de electricidad a causa de la crisis económica: SME". México: *La Jornada*. 15 de enero.
- Pérez, Jorge (2009). "...y en Iztapalapa faltan policías". México: *Reforma*, 9 de febrero.
- Sauri, Alejandro (2002). *Arendt, Habermas y Rawls, razón y espacio público. Filosofía y cultura contemporánea*. México: Universidad de Campeche, Ediciones Coyoacán
- Sierra, Arturo (2009). "Sellan Centro y Polanco". México: *Reforma*, 9 de febrero.
- Touraine, Alain (1973). *Producción de la Societé*. Parsí: Editions du Seuil.
- Touraine, Alain y Farhad Khosrokhavar (2000). *La recherche de soi. Dialogue sur le sujet*. París: Fayard.

- Zermeño, Sergio (2004). “La participación ciudadana bajo los gobiernos perredistas del Distrito Federal (1997-2003)”. En *Participación ciudadana y políticas sociales en el ámbito local*, coordinado por Alicia Ziccardi, 145-166, México: IIS UNAM, Comecso, Indesol.
- Zermeño, Sergio (2005). *La desmodernidad mexicana y las alternativas a la violencia y a la exclusión en nuestros días*. México: Océano, pp. 161-183.